

Gracia Abundante sobre Abundante Pecado NO. 2012

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE MARZO, 1888
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.”
Romanos 5:20.***

La primera frase del versículo nos servirá como prefacio; el segundo elemento será nuestro texto principal.

“Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase.” El hombre era un pecador antes que la ley de los Diez Mandamientos se hubiera dado. Era un pecador a través de la ofensa de su primer padre Adán; y era también, en la práctica, un pecador por su propia ofensa personal; pues se rebeló contra la luz de la naturaleza, y la luz interior de su conciencia.

Comenzando desde Adán, los hombres transgredieron contra la memoria de mejores días que había sido transmitida de padre a hijo, y nunca había sido olvidada por completo. Por doquier el hombre, independientemente de si conocía la ley de Moisés o no, estaba separado de su Dios. La Palabra de Dios contiene esta verdadera apreciación de nuestra raza: “Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”

La ley fue dada, sin embargo, de conformidad al texto, “para que el pecado abundase.” Tal fue el efecto de la ley. No estorbó al pecado, ni proveyó un remedio para él; sino más bien, su efecto real fue que la ofensa abundó. ¿Cómo así?

Fue así, primero, porque reveló la ofensa. Los hombres no discernían claramente, en cada instancia, qué era pecado; pero cuando vino la ley, señaló al hombre que este mal que el hombre consideraba poca cosa, era una abominación a los ojos de Dios. La naturaleza del hombre y su carácter eran como un oscuro calabozo al cual no llegaba ningún rayo de luz. Aquel prisionero que está allá no percibe la horrible inmundicia y corrupción del lugar donde se encuentra recluido, mientras esté sumido en la oscuridad. Cuando es traída una lámpara, o una ventana es abierta y penetra la luz del día, para su desmayo, descubre la horrible condición de su madriguera. Puede espiar a criaturas repugnantes arrastrándose por las paredes, y observa cómo otras se esconden de la vista porque la luz las fastidia. Tal vez él pudo haber adivinado que no todo era como debe ser, pero no se había imaginado la abundancia de los males.

La luz ha entrado, y la ofensa abunda. La ley no nos hace pecadores, pero manifiesta nuestra pecaminosidad. Ante la presencia de la norma perfecta, nosotros vemos nuestras deficiencias. La ley de Dios es el espejo en el que el hombre ve las manchas en su rostro. No te lava; no te puedes lavar en un espejo; pero te impulsa a buscar el agua para lavarte. El propósito de la ley es revelar nuestras muchas ofensas, para que, por medio de eso, seamos alejados de nuestra justicia propia y conducidos al Señor Jesús, en quien tenemos redención por Su sangre y el perdón del pecado.

La ley hace que la ofensa abunde, causando que el ofensor se quede sin excusa. Antes de que conociera perfectamente la ley, su pecado no

era tan premeditado. Mientras sólo conocía los mandamientos de manera tenue, podríamos decir que podía quebrantarlos tenuemente; pero tan pronto conoce con claridad lo que es bueno y lo que es malo, entonces todo pretexto le es arrebatado. El pecado se vuelve sumamente pecaminoso cuando es cometido contra la luz y el conocimiento.

¿Acaso no es así en relación a algunos de ustedes? ¿No se ven forzados a admitir que cometen muchos pecados en uno, ahora que han sido conducidos a conocer la ley, y sin embargo, deliberadamente ofenden contra ella, por omisión o por comisión? Quien conoce la voluntad de su Señor y no la hace, recibirá muchos azotes, pues es culpable de abundantes ofensas. La ley entra para despojarnos de todo traje de justificación, y así llevarnos a buscar el manto de la justicia de Cristo.

Además, pienso que la ley hace que la ofensa abunde, causando que el pecado sea, de manera más evidente, una rebelión insolente contra el grandioso Legislador. Pecar frente al Sinaí, con su maravilloso despliegue de majestad divina, es en verdad, pecar. Rebelarse en contra de una ley promulgada con sonido de trompeta, y truenos, y pompa de Dios, es pecar con una mano alzada y un corazón desafiante.

Cuando tú has oído los Diez Mandamientos, cuando conoces la ley del reino, cuando la voluntad de tu Hacedor es puesta claramente ante ti, entonces, transgredir es transgredir con un orgullo que no admitirá ninguna excusa.

Nuevamente, la entrada de la ley hace que la ofensa abunde en este sentido, que la voluntad rebelde del hombre se alza en oposición a esa ley. Porque Dios lo ordena, el hombre lo rechaza; y porque Él prohíbe, el hombre desea. Hay algunos hombres que podrían no haber pecado en una dirección particular si el mandamiento no lo hubiera ordenado. La luz de la ley, en vez de ser una advertencia para ellos para evitar el mal, parece señalarles el camino en el que pueden ofender mayormente.

¡Oh, cuán profunda es la depravación de la naturaleza humana! La propia ley la provoca a rebelarse. Los hombres anhelan entrar, porque se advierte a quienes traspasan los límites que se mantengan lejos. Sus mentes son tan antagonistas de Dios, que se deleitan en eso que está prohibido, no tanto porque encuentren algún placer particular en la cosa misma, sino porque demuestra su independencia y su libertad de los límites impuestos por Dios.

Esta viciosa obstinación está en todos nosotros por naturaleza; pues los designios de la carne son enemistad contra Dios; y por tanto la ley, aunque en sí misma santa y justa y buena, nos provoca al mal. Nosotros somos como cal, y la ley es como agua fría, que es en sí misma de una naturaleza refrescante; sin embargo, tan pronto como el agua de la ley alcanza la cal de nuestra naturaleza, se genera un calor de pecado: así, “la ley se introdujo para que el pecado abundase.”

Entonces, ¿por qué envió Dios la ley? ¿Acaso no es malo que la ofensa abunde? En sí puede ser que así sea; pero Dios trata con nosotros de la misma manera que los médicos tratan con sus pacientes algunas veces. Una enfermedad que será fatal si se desarrolla en el paciente, debe ser descubierta con prontitud: por tanto el médico prescribe una medicina que expone el mal. Todo el mal estaba dentro, pero no abundaba en lo relativo a sus efectos visibles; es necesario que sea así, para que pueda ser curada.

La ley es la medicina que hace visible la depravación del hombre, hace que él la vea en sus acciones, y aun lo provoca a mostrarla. El mal está en el hombre, como conejos en aquel matorral: la ley prende fuego a la cubierta y entonces se pueden ver las criaturas escondidas. La ley

remueve el lodo del fondo del estanque, y exhibe la tremenda fetidez de las aguas. La ley fuerza al hombre a ver que el pecado habita en él, y que es un tirano poderoso sobre su naturaleza. Todo esto con miras a su cura.

¡Gracias demos a Dios cuando la ley obra para despojar al pecador de toda confianza en sí mismo! Hacer que el leproso confiese que es incurable es un avance sustancial para impulsarlo a que vaya a ese Divino Salvador, quien es el único capaz de curarlo. Este es el objetivo y el fin de la ley en relación a los hombres a quienes Dios va a salvar.

Consideren por un momento. Pueden tomarlo como un axioma, algo que es evidente, que no puede haber gracia allí donde no hay culpa: no puede haber misericordia allí donde no hay pecado. Puede haber justicia, puede haber benevolencia; pero no puede haber misericordia a menos que haya criminalidad. Si no eres un pecador, Dios no puede tener misericordia de ti. Si nunca has pecado, Dios no puede desplegar contigo la gracia que perdona, pues no hay nada que perdonar.

Hablar de perdón a un hombre que no ha hecho ningún mal, sería usar inadecuadamente las palabras, y sería lo mismo que hablar de otorgar un favor inmerecido a una persona que merece una recompensa. Sería un insulto para la inocencia, ofrecerle misericordia. Deben, por tanto, tener pecado o de lo contrario no pueden tener gracia: eso es claro.

Además, consideren que no se buscará la gracia donde no se tiene una conciencia de pecado. Podemos predicar hasta enronquecer, pero ustedes, buenas personas, que nunca han quebrantado la ley, y que no son culpables de nada malo, nunca se interesarán por nuestro mensaje de misericordia. Ustedes son un tipo tal de personas que, como un cumplido a la religión, afirman: “sí, nosotros somos pecadores. Todos nosotros somos pecadores.” Pero ustedes saben que en lo íntimo de sus corazones no sienten eso. Ustedes nunca pedirán la gracia; pues no tienen ningún sentido de vergüenza o de culpa. Ninguno de ustedes buscará misericordia, mientras no se hayan confesado culpables de la acusación que la ley de Dios presenta contra ustedes. ¡Oh, que ustedes sintieran sus pecados! ¡Oh, que ustedes reconocieran su necesidad de perdón! Pues sólo así se verían en una condición tal que, únicamente la libre, rica y soberana gracia de Dios puede salvarles.

Es más, estoy seguro que ningún hombre recibirá ni aceptará la gracia, mientras no haga una confesión total de pecado y mientras no tenga un abrumador sentido del peso de ese pecado. ¿Por qué habrías de recibir la gracia cuando no la necesitas? ¿De qué te serviría a ti? ¿Por qué habrías de doblar tu rodilla ante Dios, y recibir como un don inmerecido de Su caridad, eso que tú sientes que mereces? ¿Acaso no te has ganado ya la vida eterna? ¿Acaso no eres tan bueno como otras personas? ¿Acaso no has acumulado considerables derechos ante Dios? ¿Los estoy espantando con estas claras preguntas? ¿Acaso no los he oído decir cosas semejantes?

El otro día cuando predicábamos acerca del amor electivo de Dios, ustedes rezongaban y decían entre dientes que Dios era injusto al elegir a uno en vez del otro. ¿Qué quería decir esto? ¿Acaso no quería decir que ustedes sentían que tenían algún derecho ante Dios? ¡Oh, amigo, si así es tu espíritu, debo tratar con toda claridad contigo! Si tienes algún derecho ante tu Hacedor, preséntalo, y ten la absoluta certeza que Él no te negará tus justos derechos. Pero quiero advertirte que cambies tu método de tratar con tu Juez: nunca prevalecerás de esta manera. En verdad, no tienes ningún derecho ante Él; pero debes apelar a Su pura

misericordia. No te encuentras en la posición que Él despliegue Su gracia inmerecida hacia ti, mientras tu boca no se calle, y mientras no te acuestes sobre polvo y cenizas, reconociendo silenciosamente que tú no mereces nada de Sus manos, excepto infinito disgusto. Confiesa que cualquier cosa que te dé que sea buena y de gracia, debe serle dada gratuitamente a quien no merece nada. El infierno abre sus fauces a tus pies: abandona tu orgullo y humildemente solicita el perdón.

Entonces, ustedes pueden ver el uso de la ley: es llevarlos allí donde la gracia puede ser mostrada a ustedes adecuadamente. Les encierra para que ustedes puedan clamar a Jesús para que los libere. Es una tormenta que hace naufragar todas sus esperanzas de auto salvación, y los lava sobre la Roca de las Edades. La sentencia condenatoria de la ley tiene la intención de prepararlos para la absolución del Evangelio. Si tú te condenas a ti mismo y te confiesas culpable ante Dios, el perdón real puede entonces serte extendido. Quien se condena a sí mismo, será perdonado por medio de la preciosa sangre de Jesús, y de la gracia soberana de Dios.

¡Oh, amado lector, debes sentarte allí, en el polvo, pues de lo contrario Dios no querrá mirarte! Debes entregarte a Él, reconociendo Su justicia, honrando Su ley: esta es la primera condición de Su misericordia, y a este lugar trae Su gracia a todos los que sienten Su poder. El Señor quiere que te inclines ante Él en una actitud de auto aborrecimiento, y que confieses el derecho que Él tiene de castigarte. Recuerda: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca,” y Él quiere que sepas esto, y que estés de acuerdo. Su gracia debe reinar triunfante, y debes besar su cetro de plata.

De esta manera nos ha servido la primera parte del versículo como prefacio: ¡que Dios lo bendiga para todos nosotros!

I. La doctrina del propio texto es ésta, que “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”; y voy a tratar de extraer esa verdad, primero, diciendo que ESTO SE VE EN TODA LA OBRA DE LA GRACIA, de principio a fin.

Quiero que pongan atención al contexto. La manera más segura de predicar sobre un texto, es siguiendo la idea que el escritor inspirado quería expresar. En este lugar, Pablo ha estado hablando del abundante resultado del mal generado por un pecado, en el caso de Adán, cabeza federal de la raza. Ese primer pecado de Adán abundó terriblemente. Miren a las generaciones multitudinarias de nuestra raza que han sido absorbidas por la muerte. ¿Quién los mató a todos éstos? El pecado es el lobo que ha devorado a los rebaños de hombres. El pecado ha envenenado los arroyos de la humanidad en sus fuentes, y se extienden por todas partes con aguas contaminadas. En lo relativo a esto, Pablo afirma: “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.”

Primero, entonces, *el pecado abundó en su efecto sobre la raza humana entera*: un pecado demolió a toda la humanidad; una falta fatal, el quebrantamiento de una ley clara y fácil, nos hizo pecadores a todos. “Por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores.” El mandamiento que Adán quebrantó era simple, pero involucró obediencia o desobediencia a la soberanía de Dios. Todos los árboles del huerto fueron dados generosamente al feliz Adán en el Paraíso: “De todo árbol del huerto podrás comer.” Sólo había un árbol reservado para Dios por la prohibición, “mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.” Adán no tenía necesidad de tocar ese fruto, ya que todos los demás árboles estaban a su disposición. No le fue negado nada que

fuera realmente para su bien; solamente le fue prohibido aquello que lo llevaría a la ruina.

Todos nosotros miramos retrospectivamente a ese estado paradisiaco y deseáramos poder haber sido colocados en una posición como la de él: sin embargo él se atrevió a traspasar los límites de las reservas de Dios, colocándose así sobre se Hacedor. Juzgó sabio hacer aquello que Dios prohibió hacer: corrió el riesgo de muerte con la esperanza insensata de alzarse a un estado todavía más alto.

Veán las consecuencias de ese pecado en todos lados; el mundo está lleno de ellas. Sin embargo, Pablo dice: “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia,” y nos da esto como prueba de ello: “Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un sólo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación.” (Romanos 5: 16).

El Señor Jesús vino al mundo no solamente para quitar el pecado de Adán, sino todos los pecados que han sido cometidos con posterioridad a ese. El segundo Adán ha reparado la ruina desesperada del primero, y mucho más. Por Su muerte en la cruz, nuestro Divino Sustituto ha quitado esa miríada de pecados que han sido cometidos por los hombres desde la primera ofensa en Edén. ¡Piensen en esto! Tomen todo el cúmulo de creyentes, y dejen que cada quien descargue su conciencia de la carga de su pecado. ¡Qué montaña! ¡Amontónalos! ¡Amontónalos! ¡Se eleva tan alto como el monte Olimpo!

Año tras año, los creyentes vienen y depositan sus enormes cargas en este lugar. “Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él.” ¡Qué Alpes! ¡Qué Himalayas de pecado! Si sólo existieran las tuyas y las mías, hermano mío, ¡qué montañas de división harían nuestros pecados!

Pero el grandioso Cristo, el don gratuito de Dios a nosotros, cuando cargó con nuestros pecados sobre Su propio cuerpo sobre el madero, quitó todos esos pecados innumerables. “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” ¡Aquí hay infinita gracia para perdonar el pecado inmensurable! Verdaderamente la “transgresión de uno” abundó horriblemente; pero la “obediencia de uno,” la obediencia del Hijo de Dios, ha sobreabundado. Así como el arco del cielo excede por mucho en su alcance al globo redondo entero de la tierra, así la gracia abunda mucho más sobre el pecado del hombre.

Síganme todavía un poco más adelante, cuando observo, en segundo lugar que el *pecado abundó en sus funestos efectos*. Destruyó completamente a la humanidad. En el tercer capítulo de Romanos ustedes pueden ver cómo, en cada elemento de su naturaleza, el hombre está depravado por el pecado. Consideren todo el estrago que ese tirano, el pecado, ha hecho en nuestro estado natural y en nuestra herencia. El Edén está marchito: su misma ubicación ha sido olvidada. Nuestro reposo en medio de los árboles del campo, que daban sus frutos con generosidad, ha desaparecido, y Dios ha dicho: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan.” El campo que labramos ha perdido su espontánea producción de alimentos: “Espinos y cardos te producirá.”

Nuestra vida ha perdido su gloria e inmortalidad; pues “polvo eres, y al polvo volverás.” Cada mujer en sus dolores de parto, cada hombre en su desgaste en el trabajo, y todos nosotros juntos en las aflicciones de la muerte, vemos lo que el pecado ha hecho por nosotros en lo relacionado a nuestros cuerpos mortales. Ay, ha ido más profundo: ha arruinado nuestras almas. El pecado ha deshumanizado al hombre. Ha arro-

jado al suelo la corona y la gloria de su humanidad. Todas nuestras facultades están desajustadas; todas nuestras tendencias han sido pervertidas.

Amados hermanos, gocémonos porque el Señor Jesucristo ha venido a redimirnos de la maldición del pecado, y Él destruirá el mal del mal. Él liberará aun a este pobre mundo de la servidumbre de la corrupción; y Él creará nuevos cielos y una nueva tierra, donde habitará la justicia. Los gemidos y el doloroso parto de toda la creación resultarán en una liberación total, por medio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y algo más todavía. En cuanto a nosotros, somos elevados a una posición muy por encima de aquella que debimos haber ocupado si la raza hubiese continuado en su inocencia. El Señor Jesucristo nos encontró en un horrible foso y en un pozo lodoso, y no solamente nos sacó de él, sino que colocó nuestros pies sobre una roca, y estableció nuestras idas y venidas. Levantados de la boca del infierno, no somos elevados a las moradas del Edén, sino al trono de Dios.

La naturaleza humana redimida tiene mayores capacidades que la naturaleza humana antes de la caída. El Señor no le dijo a Adán: “Tú eres el Hijo de Dios, coheredero con el Unigénito”; pero Él le ha dicho eso a cada creyente redimido por la sangre preciosa de Jesús.

Amados hermanos, algo como el compañerismo con Cristo en Sus sufrimientos no podía ser conocido por Adán en el Paraíso. Él no hubiera podido haber conocido lo que es estar muerto, pero tener su vida escondida con Cristo en Dios. Bendito sea Su nombre, nuestro Señor Jesucristo puede decir: “¿Y he de pagar lo que no robé?” Él restauró mucho más de lo que jamás nos fue quitado; pues Él nos ha hecho partícipes de la naturaleza divina, y en Su propia persona nos ha colocado a la diestra de Dios en los lugares celestiales.

En la medida que el dominio del Señor Jesús es más glorioso que el de Adán antes de la caída, la humanidad es ahora más grandiosa y gloriosa que antes de la caída. La gracia ha sobreabundado tanto, que en Jesús hemos ganado más de lo que perdimos en Adán. Nuestro Paraíso Recobrado es mucho más glorioso que nuestro Paraíso Perdido.

Además, *el pecado abundó para deshonra de Dios*. Yo estaba tratando el otro día de ponerme en la posición de Satanás en las puertas del Edén, para poder entender su diabólica política. Él se había convertido en el archienemigo de Dios, y cuando vio la nueva creación, y percibió a dos criaturas perfectamente puras y felices, colocadas en el huerto, miró con envidia y planeó maldad. Oyó que el Creador decía: “el día que de él comieres, ciertamente morirás,” y esperó aquí encontrar una oportunidad para llevar a cabo un asalto contra Dios. Si él podía inducir a esas nuevas criaturas a comer del fruto prohibido, colocaría a su Hacedor sobre los cuernos de un dilema: ya sea destruir a las criaturas que había creado, o de lo contrario volverse falso. El Señor había dicho: “ciertamente morirás,” y así debía deshacer Su propio trabajo, y destruir a una criatura que Él había creado a Su propia imagen, conforme a Su propia semejanza. Satanás probablemente percibió que el hombre era un ser extraordinario, con un maravilloso misterio de gloria rodeando su destino; y si podía hacerlo pecar, haría que Dios lo destruyera, y así frustrar el propósito eterno.

Por otro lado, si el Señor no ejecutaba la sentencia, entonces no sería veraz, y a través de todo Su grandioso universo se reportaría que la palabra del Señor había sido quebrantada. O había cambiado su forma de pensar, o había hablado en broma, o se había demostrado que había amenazado con un castigo demasiado severo. En todo caso, el espíritu

del mal esperaba triunfar. Era un esquema profundo y de largo alcance, quitarle brillo al esplendor del Rey de reyes.

Amados hermanos, ¿no parecía como si el pecado hubiera abundado más allá de toda medida, cuando primero la mujer y luego el hombre habían sido engañados, y habían despreciado a Dios? ¡Contemplan cómo la gracia, por medio de nuestro Señor Jesucristo sobreabundó mucho más! Dios es más honrado en la redención del hombre de lo que sería si nunca hubiera habido una Caída. El Señor ha manifestado la majestad de Su justicia y la gloria de Su gracia, en el grandioso sacrificio de Su amado Hijo, de tal manera que los ángeles y los principados y las potestades se sorprenderán a lo largo de todas las edades.

Se puede ver más de Dios en la gran obra del amor redentor de lo que pudo haber sido reflejado en la creación de miríadas de mundos, aunque todos ellos hubiesen estado repletos de las maravillas de la destreza divina, y del bien, y del poder. En Jesús crucificado Jehová es glorificado como nunca antes. Donde el pecado abundó para la deshonra aparente de Dios, la gracia abunda mucho más para la infinita gloria de Su nombre siempre bendito.

Además, *el pecado abundó al degradar el carácter humano*. ¡Cuán miserable es el ser humano, como pecador contra Dios! Sin la restricción de la ley y la libertad de hacer lo que quisiera, ¿en qué no se convertiría el hombre? Vean cómo describe Pablo a los hombres en estos tiempos progresivos, en estos siglos de ilustración: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella.”

La naturaleza no fue difamada para nada por Whitefield cuando dijo que: “abandonado a su propia suerte, el hombre es mitad bestia y mitad diablo.” No me refiero únicamente a hombres en países salvajes; estoy pensando en gente de Londres. Hace muy poco tiempo, un cierto periódico nos dio abundantes pruebas del pecado en esta ciudad: yo no voy a agregarle nada: ¿podrían ser peores las bestias o los demonios? Lean la historia de la humanidad: de Asiria, de Roma, de Grecia, de los Sarracenos, de España, de Inglaterra; y si son amantes de la santidad, sentirían náuseas por el hombre. ¿Acaso alguna otra criatura, con la excepción de los ángeles caídos, se volvió alguna vez tan cruel, tan vil, tan falsa? ¡Miren qué villanos, qué tiranos, qué monstruos ha producido el pecado!

Pero ahora vuélvanse al otro lado, y vean lo que la gracia de Dios ha hecho. Bajo la mano que moldea del Espíritu Santo, un hombre que recibe gracia se vuelve la obra más noble de Dios. El hombre que ha nacido de nuevo y es rescatado de la Caída, es capaz ahora de virtudes a las que nunca pudo haber alcanzado antes de haber pecado. Un ser que no ha caído no podría odiar el pecado con la intensidad de aborrecimiento que se encuentra en el corazón renovado. Ahora conocemos por experiencia personal el horror del pecado y ahora hay dentro de nosotros un instintivo estremecimiento ante el pecado. Un ser no caído no podría exhibir paciencia pues no podría sufrir, y la paciencia tiene que hacer su obra perfecta.

Cuando he leído las historias de los mártires en los primeros años de la iglesia cristiana, y durante la persecución de la Reina María en Ingla-

terra, he adorado al Señor, que pudo capacitar a pobres hombres y mujeres débiles para que demostraran así su amor por su Dios y Salvador. Cuán grandes cosas sufrieron por amor de Dios; y ¡cuán grandemente lo honraron así! ¡Oh Dios, Tu gracia ha hecho del hombre un ser muy noble! Yo he sentido una gran reverencia por la humanidad santificada, cuando he visto cómo los hombres pueden cantar alabanzas en la hoguera. ¡De qué obras tan nobles han sido capaces los hombres, cuando el amor de Dios ha sido derramado abundantemente en sus razones!

Yo no creo que ni los ángeles ni los arcángeles hayan sido capaces de exhibir un carácter completo tan admirable como el que la gracia de Dios ha labrado en los hombres que una vez fueron caídos, que Él, por Su gracia, ha inspirado con vida divina. En el carácter humano, “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” Yo creo que Dios mira desde el cielo hoy, y ve en muchos de los pobres y escondidos miembros de Su pueblo tales bellezas de virtud, tales encantos de santidad, que Él mismo se deleita con ellos. “Se complace Jehová en los que le temen. Estos son joyas tan verdaderas que el Señor los tiene en una alta estima, y los aparta para Sí: “Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe.”

Además, queridos amigos, *el pecado abundó para causar gran dolor*. Trajo consigo una larga serie de aflicciones. Los hijos del pecado son muchos, y cada uno de ellos genera lamentos. No podemos intentar medir los oscuros abismos de dolor que se han abierto en este mundo desde la llegada del pecado. ¿Acaso no es un lugar de lágrimas, sí, un campo de sangre? Sin embargo, por una alquimia maravillosa, por medio de la existencia del pecado, la gracia ha producido un nuevo gozo, sí, más de un nuevo gozo. El gozo calmo y profundo del arrepentimiento debe haber sido algo desconocido para la inocencia perfecta. Esta genuina perla del oriente no se encuentra en los ríos del Edén. Sí, y ese gozo que se encuentra en el cielo en la presencia de los ángeles del Señor en relación a los pecadores que se arrepienten es una cosa nueva, que nació a partir de la Caída.

Dios mismo conoce un gozo que no podía haber conocido si no hubiera habido pecado. Contemplan con un asombro lleno de lágrimas, al grandioso Padre cuando recibe a Su hijo pródigo, y clama a todos los que le rodean: “Comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado.”

Oh, hermanos, ¿cómo podría el amor todopoderoso haber sido victorioso en la gracia si no hubiera existido el pecado al cual combatir? El cielo es más cielo para nosotros, pues allí cantaremos acerca de ropas lavadas y emblanquecidas en la sangre del Cordero. Dios tiene mayor gozo en el hombre, y el hombre tiene mayor gozo en Dios, debido a que la gracia sobreabundó sobre el pecado. ¡Ahora nos estamos adentrando en aguas profundas! ¡Cuán verdadero es nuestro texto!

Una vez más, *el pecado abundó para obstaculizar el reino de Cristo*. Yo creo que el designio de Satanás al conducir a los hombres al pecado al principio fue prevenir la supremacía del Señor Jesucristo como hombre y Dios en una persona. No lo expongo como una doctrina específicamente enseñada por la Escritura, mas sin embargo me parece una probable verdad que Satanás vio anticipadamente que la brecha que se abrió en el cielo por la caída de los ángeles iba a ser llenada por seres humanos, a quienes Dios colocaría cerca de Su trono. Satanás pensó ver ante él a los seres que tomarían los lugares de los espíritus caídos, y los envidió. Él sabía que fueron hechos a imagen del Unigénito, el

Cristo de Dios, y Lo odió porque vio unidas en Su persona a Dios a quien aborrecía, y al hombre a quien envidiaba. Satanás disparó al segundo Adán a través del pecho del primer Adán. Quiso derrocar a Quien venía; pero, a pesar de su insensatez, el Señor Jesucristo, por la gracia de Dios es ahora exaltado más alto de lo que nosotros podríamos concebir que pudiera haber sido exaltado, si no hubiera habido pecado que cargar, ni redención que llevar a cabo. Jesús, herido y sacrificado, está rodeado de mayor esplendor que antes.

¡Oh Rey de reyes y Señor de señores, Varón de Dolores, entonamos aleluyas en Tu honor! ¡Todos nuestros corazones palpitan y se entregan a Ti! ¡Te amamos más que a nadie! ¡Tú eres Aquel al que alabaremos por siempre y para siempre! Jesús no está sentado en un trono precario en el imperio del amor. Cada uno de nosotros quiere mantener Su derecho con el último palpito de nuestros corazones. ¡Rey de reyes y Señor de señores! ¡Aleluya! Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia para la gloria del Unigénito Hijo de Dios.

II. Pienso que el tiempo siempre vuela más rápido cuando nuestro tema es sumamente precioso. Tengo un segundo encabezado que merece una consideración más extensa; pero debemos contentarnos con simples sugerencias. Este hecho grandioso, que cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia, surge por todas partes. ESTO SE PUEDE VER EN CASOS ESPECIALES.

El primer caso especial es *la introducción de la ley*. Cuando la ley de los Diez Mandamientos fue dada, por el pecado del hombre, ministró a la abundancia de la ofensa; pero también ministró a las abundancias de la gracia. Es cierto que había diez mandamientos; pero diez veces más gracia. Con la ley vino un Sumo Sacerdote. El mundo no había visto nunca antes un Sumo Sacerdote vestido con un pectoral cubierto de joyas, y mantos de gloria y belleza.

Existía la ley; pero al mismo tiempo estaba el lugar santo del Tabernáculo del Altísimo con su altar, su fuente, su candelero, y su mesa de la proposición. Estaba también el santuario secreto donde habitaba la majestad de Dios. Por esos símbolos y tipos, Dios había venido a habitar entre los hombres. Es verdad que el pecado abundó por medio de la ley; pero, entonces, los sacrificios por el pecado también abundaron. Hasta ese momento no había habido corderos de la mañana ni de la tarde; no había habido día de la expiación; ni sangre rociada; ni bendición del Sumo Sacerdote del Señor. Para cada pecado revelado por la ley se había provisto un sacrificio. Los pecados cometidos por ignorancia, los pecados de sus cosas santas, pecados de todos los tipos eran saldados por sacrificios especiales; de tal forma que los pecados no descubiertos por la conciencia eran cubiertos también por el sacrificio.

La historia de Israel es otro buen ejemplo. ¡Cuán a menudo se rebeló la nación, pero cuán a menudo la misericordia se regocijó sobre el juicio! Verdaderamente la historia del pueblo elegido muestra cómo abundó el pecado, y cómo la gracia sobreabundó más. Recorran con su vista la historia y hagan una pausa en *la crucifixión de nuestro Señor Jesús*. Esta es la cima más alta de las montañas del pecado. Ellos crucificaron al Señor de gloria. Aquí abundó el pecado. Pero, ¿acaso necesito decirles que la gracia aquí sobreabundó? Ustedes pueden contemplar la muerte de Cristo hasta que Pilato se esfuma, y Caifás se desvanece y todo el clamor de los sacerdotes y de los judíos es silenciado, y no ven otra cosa y no oyen otra cosa sino la gracia inmerecida y el amor que agoniza.

Después de la crucifixión de nuestro Señor, siguió *la reprobación del pueblo judío por un tiempo*. Así el pecado abundó cuando el Señor vino a los suyos y los suyos no le recibieron. Pero la reprobación de ellos fue la salvación de las naciones. “Nos volvemos a los gentiles,” dijo el apóstol; y ese fue un bendito giro para ustedes y para mí. ¿Acaso no fue así? Aquellos que fueron invitados a la fiesta no eran dignos, y el padre de familia, enojado, invitó a otras personas. ¡Fíjense bien, “enojado”! ¿Qué hizo cuando estaba enojado? Pues, hizo la cosa más llena de gracia de todas; dijo: “Vé por los caminos y por los vallados, y fuérganos a entrar, para que se llene mi casa.” El pecado abundó, pues Israel no quiso entrar a la cena de amor; pero la gracia sobreabundó, pues los paganos entraron en el reino.

El mundo pagano en aquel tiempo estaba hundido en la más negra oscuridad y el pecado abundaba. Sólo tienen que estudiar la historia antigua y suspirarán profundamente cuando piensen que los hombres pudieran ser tan viles. Un pueblo pobre e iletrado fue escogido por Dios para recibir el Evangelio de Jesús, y ellos fueron por todos lados hablando de un Salvador que ofrecía expiación, de una manera sencilla, hasta que el imperio romano fue cambiado enteramente. La luz y la paz y la verdad vinieron al mundo, desterrando la esclavitud y la tiranía y la lujuria bestial.

Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia. ¡Qué caracteres tan maravillosos fueron producidos en el terrible reinado de Dioclesiano! ¡Qué consagración a Dios mostraron los confesores! ¡Qué valor en los cristianos comunes! ¡Qué invencible lealtad a Cristo en los mártires! El Señor convirtió a bárbaros en santos, y condujo a la rosa degradada a una santidad sublime.

Si yo les pidiera ahora que me dieran los mejores ejemplos de gracia abundante en individuos, creo que su impulso sería elegir *hombres en quienes el pecado abundó una vez*. ¿Sobre quiénes predicamos más a menudo, cuando queremos engrandecer la gracia de Dios? Hablamos de David y de Manasés, y de Pedro que juraba, y del ladrón agonizante, y de Saulo de Tarso, y de la mujer pecadora. Si queremos mostrar dónde abundaba la gracia, naturalmente volvemos nuestra mirada al lugar donde el pecado abundaba. ¿Acaso no es así? Por tanto, no necesito presentarles más casos; está demostrado que cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.

III. Finalmente; y esto es lo que quiero que se graben, queridos amigos, en este momento: ESTO ES CIERTO PARA CADA UNO DE NOSOTROS.

Permítanme tomar el caso del *pecador evidente*. ¿Qué han sido ustedes? ¿Han pecado desvergonzadamente? ¿Han contaminado sus cuerpos con pasiones perversas? ¿Han sido deshonestos con sus compañeros? ¿Algún pecado escarlata mancha sus conciencias, inclusive en este momento que me están escuchando? ¿Se han endurecido en el pecado mediante una larga perseverancia en él? ¿Están concientes que ustedes han pecado frecuente, voluntaria y resueltamente? ¿Se están volviendo viejos, y se han estado tiñendo durante setenta años con el tinte rojo del pecado hasta llegar a estar completamente saturados, al revés y al derecho, con ese color escarlata? ¿Han sido inclusive implacables oponentes del Evangelio? ¿Han perseguido a los santos de Dios? ¿Han tratado de derrumbar el Evangelio mediante argumentos, o de encontrarle puntos de reproche por medio del ridículo? Entonces escuchen este texto: “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia”; y como fue

al principio, es ahora y será para siempre, hasta que se acabe este mundo.

La gracia de Dios, si tú crees en el Señor Jesucristo, triunfará sobre la grandeza de tu perversidad. “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres.” Depón tus armas de rebelión; ríndete a discreción; besa la mano traspasada de Jesús que está ahora extendida hacia ti, y en este preciso instante serás perdonado, y retornarás a casa como un hombre perdonado, para comenzar una nueva vida, y para dar testimonio que “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.”

Tal vez esto no te conmueva, amigo mío. Escucha mi siguiente palabra que está dirigida al *pecador instruido*. Tú eres una persona cuya educación religiosa te ha hecho consciente de la culpa del pecado; has leído tu Biblia, y has escuchado la predicación verdadera; y aunque nunca has sido un visible pecador descarado, sin embargo tú sabes que tu vida hierve con pecados de omisión y de comisión. Tú sabes que has pecado contra la luz y el conocimiento. Has despreciado una tierna conciencia muy a menudo; y por tanto juzgas correctamente que tú eres aun un mayor pecador que el que es más abiertamente profano. Que así sea; yo lo acepto. No huyas. Que así sea; pues “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” ¡Oh, que pudieras ser tan instruido en el remedio, como eres instruido en la enfermedad! ¡Oh, que pudieras tener una visión tan clara de la justicia de Cristo, como la tienes de tu propia justicia! La obra de Cristo es una obra divina, lo suficientemente amplia para cubrir toda tu iniquidad, y para conquistar todo tu pecado. ¡Cree esto! Da gloria a Dios creyéndolo; y de acuerdo con tu fe, que así sea para ti.

Me dirijo a otro, que no encaja exactamente en ninguna de estas dos descripciones; pero ha comenzado recientemente a buscar misericordia, y entre más ora, más es *tentado*. Horribles sugerencias vuelan a su mente; pensamientos condenables lo asedian y lo sorprenden. ¡Ah, amigo mío, yo sé lo que esto significa: entre más cerca estés de la misericordia, pareciera que estás más cerca de las puertas del infierno! Cuando más solemnemente quieres hacer el bien, sientes otra ley en tus miembros que te lleva a la cautividad. Te vuelves peor donde habías esperado haber sido mejor. Muy bien, entonces; agarra mi texto firmemente como para salvar tu vida: “Cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.”

Si una legión entera de diablos fuera soltada sobre ti, Cristo se glorificará a Sí mismo dominándolos a todos. Si no te puedes arrepentir ahora, ni puedes orar, ni puedes hacer nada, recuerda ese texto: “Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.” Mira por sobre las cabezas de todas estas dudas, y diablos, e incapacidades, y mira a Jesús clavado en la cruz, como la serpiente de bronce sobre una asta; y míralo a Él, y las serpientes ardientes huirán lejos de ti, y vivirás. Cree que este texto es verdadero pues es verdadero: “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.”

“¡Ah!” dice otro, “mi caso es todavía peor, señor; mi mente tiende a estar *desesperada*; siempre veo el lado negro de las cosas, y ahora, si leo una promesa, estoy seguro que no es para mí. Si veo una amenaza en la Palabra de Dios, estoy seguro que es para mí. No tengo esperanzas. No me parece que pueda tenerlas alguna vez. Estoy en un calabozo en el que no puede entrar ninguna luz: está oscuro, oscuro, oscuro, y viene todavía una mayor oscuridad. Mientras usted está tratando de consolarme, yo hago el consuelo a un lado.” Yo te conozco. Tú eres como la pobre criatura descrita en el Salmo, de quien leemos: “Su alma

abominó todo alimento.” No puede gozarse ni siquiera en el propio Evangelio. Sí, yo te conozco; tú estás escribiendo cosas amargas contra ti mismo: este día estás mojando nuevamente tu pluma en hiel; pero tu escritura es la de una pobre criatura perpleja; no se le puede prestar atención. Yo veo en tu escritura, en caracteres de letra gruesa, grandes palabras negras de condenación; pero no hay nada en ellas. En verdad, en verdad te digo, que tus letras manuscritas serán borradas, y la maldición sin causa no vendrá.

Así dice el Señor: “Y será anulado vuestro pacto con la muerte, y vuestro convenio con el Seol no será firme; pues el Señor Jesucristo te ha redimido, y cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” Quebrantado en pedazos todos desparramados, molido en medio de piedras de molino, reducido a nada, sin embargo, debes creer en esta revelación de Dios, que cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.” Observa que “*sobreabundó*”; “*sobreabundó*.”

Si puedes entender esa revelación, y reconocerla con toda certeza como el gran principio sobre el cual Dios actúa, que la gracia dominará al pecado, entonces hay esperanzas acerca de ti; es más, más que esperanzas, hay salvación para ti al instante. Si tú crees en Jesús, a Quien Dios ha establecido para que sea una propiciación por el pecado, entonces estás perdonado.

¡Oh, mis lectores, no desprecien esta gracia! Vengan y participen de ella. ¿Acaso alguien dice, como Pablo preveía que alguien diría: “Perseveremos en el pecado para que la gracia abunde”? Ah, entonces esa conclusión infame es la señal de un réprobo, y tu condenación es justa. El que convierte la misericordia de Dios en una razón para pecar, tiene dentro del él algo peor que un corazón de piedra: seguramente su conciencia está cauterizada con un hierro candente.

Amados, yo espero mejores cosas de ustedes, pues confío que por el contrario, el tañido de las campanas de plata del amor infinito, el perdón inmerecido, la gracia abundante, harán que ustedes se apresuren al hospital de la misericordia, para que puedan recibir la curación de su pecaminosidad, fortaleza para su debilidad, y gozo para su tristeza. ¡Señor, concédenos que en esta casa, en cada caso en que el pecado haya abundado, la gracia pueda sobreabundar, por medio de Jesús! Amén.

Porción de la Escritura leída antes del Sermón: Romanos 5.

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #2012 – Volumen 34

GRACE ABOUNDING OVER ABOUNDING SIN

<http://www.spurgeon.com.mx>